

Academia Nacional Ciencias de Córdoba 2020

Categoría manzana:5° grado

Elige tu propia aventura 2

Hace ya algunos años Juana, Cata y Greta habían tenido una aventura muy emocionante para realizar la búsqueda de tres elementos (el rubí más buscado, el fósil de dinosaurio y el primer mapa de la capital de Córdoba) en un viaje en el tiempo donde llegaron a la Academia de Ciencias con la ayuda de Domingo Faustino Sarmiento. Ahora tenían una nueva misión y en este cuento vamos a contar sobre ella.

En enero de 2020 Juana y Cata, dos grandes amigas, estaban en Villa Yacanto divirtiéndose en un campamento de verano organizado por la Academia de Ciencias, en el que se iba a aprender mucho de Zoología y de Paleontología.

En la segunda noche, decidieron salir a caminar por el bosque que se encontraba cerca del campamento. Habían recorrido ya bastante, cuando de pronto se cayeron en un pozo profundo y muy oscuro. No se veía nada de nada y el pozo parecía no tener fin. Por suerte como Juana era y es muy previsora, y llevaba con ella a todos lados su amada mochila, pudo sacar de ella rápidamente y con esfuerzo lo que necesitaban: una linterna. Las dos pudieron ver las paredes mientras caían; parecían ser de tierra o de una especie de arcilla, y parecía no tener fin, hasta que cayeron en una montaña de barro que amortiguó el golpe.

Se embarraron todas, pero no les importó porque en ese momento observaron a su alrededor y era un lugar hermoso. En un costado había árboles con unas hojas rojas, naranjas, amarillas y bordó. Del otro lado había un arroyo con agua cristalina.

De repente, Cata y Juana miraron hacia el horizonte y vieron a dos tribus que parecían estar peleándose. Ninguna de las dos podía ver bien y a Juana se le habían perdido algunas cosas mientras caían en el hoyo: una pequeña sábana muy calentita, un cuaderno y lo más importante que había perdido fueron ... ¡los binoculares! La única opción que les quedaba era acercarse muy lenta y sigilosamente, aunque no lo hicieron muy bien, porque las

descubrieron y las amenazaron. Juana tenía mucho pánico y Cata más, pero de repente se escuchó a alguien decir desde atrás:

–¡Frenen, no las amenacen, son mis amigas!– Las dos chicas no sabían quién era hasta que se dieron cuenta... ¡La persona que estaba allí era su gran amiga Greta!

Las tres se abrazaron tan fuerte como la vez en que encontraron el primer mapa. Casi se les salían lágrimas de alegría. Greta las invitó a comer algo y las llevó por un camino largo de piedra que por los costados tenía robles y flores muy coloridas.

Llegaron por fin a un lugar con pequeñas casas que estaban hechas con maderas largas para sostener el techo de paja que las cubría. En el medio de todas ellas había una fogata prendida que iluminaba ese rincón. Greta les explicó que ese era el lugar donde vivía desde hacía mucho tiempo esa tribu. Más adelante las chicas descubrieron que se llamaban “Comechingones”.

Cuando las tres estaban cómodamente sentadas en el suelo de la casita pequeña, Greta empezó a hablar:

- Como ya saben, esta tribu vive desde hace mucho tiempo en estas tierras, pero con el paso de los años la cantidad de habitantes fue disminuyendo porque no encontraban las dos plantas más usadas en toda esta región para curarse y alimentarse. La sequía secó gran parte de las plantas del monte y yerbas importantes como el Aloe Vera y el Ajenjo, que era utilizado por el cacique para curar a los que tenían mucha fiebre por alguna infección en el cuerpo.

-Me parece que volvimos a viajar en el tiempo–dijo Cata.

-¿En qué año estamos Greta?–exclamó Juana.

-En 1885. Hace unos cuantos años nos despedimos en la Academia donde seguí estudiando Botánica junto a mi padre.

–¿Y cómo llegaste acá?– pregunto Cata.

– Hace dos semanas estaba en la Academia de Ciencias, trabajando en el museo de Botánica junto a mi padre Jorge Hieronymus. Unos compañeros vinieron a avisarnos que iban a salir a buscar flores y plantas nuevas para investigar al monte. Un rato después nos subíamos a una carreta que nos trajo a un bosque cercano a este lugar. Era de noche cuando llegamos; mi padre y nuestros compañeros hicieron una fogata. Yo salí a caminar porque había luna llena y me encanta mirar las estrellas en la noche. Pero tropecé con una piedra y rodé tanto que quedé toda dolorida. Cuando me levanté, pude ver que mucha gente me observaba. Mientras yo estaba allí como desmayada, ellos me llevaron a una carpa y me curaron con una de las plantas que habían conseguido, el Aloe Vera. Me preguntaron muchas cosas sobre mí; la mayoría hablaba un idioma extraño, pero había un traductor y yo les respondí todas y también les pregunté cosas a ellos; me contestaron todo. Al darse cuenta que yo era una experta en plantas me contaron su problema y yo les dije que los ayudaría si me ayudaban primero a encontrar a mi padre y a mis compañeros. Así fue y estamos hace dos semanas ayudándolos con esto.

Greta se detuvo y empezó de nuevo. – ¿Me quisieran ayudar a conseguir más plantas?– preguntó muy entusiasmada– y ¿Cómo llegaron ustedes aquí?–.

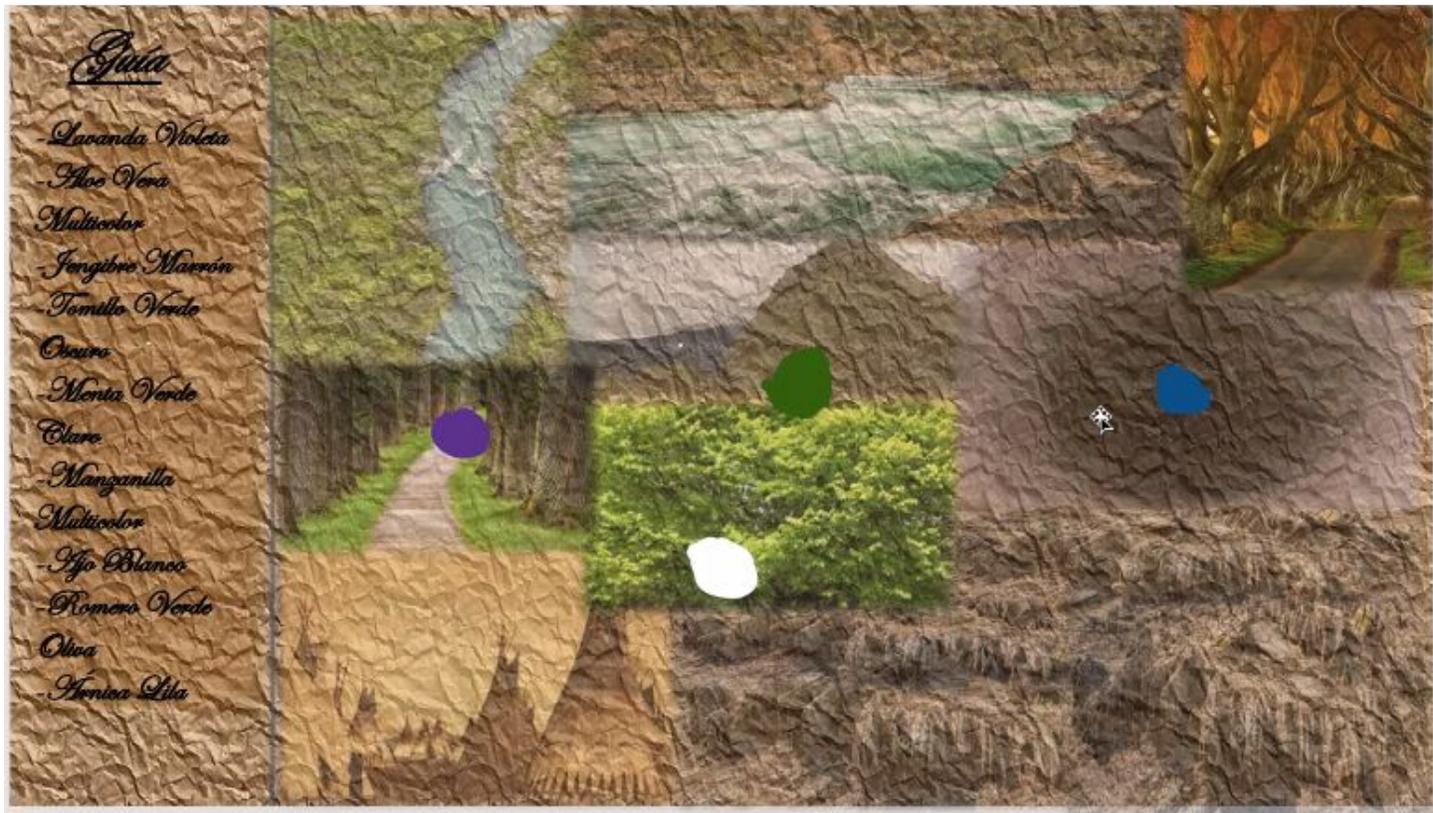
-Es una larga historia, pero aceptamos. Hasta 1928 no va a descubrirse el hongo penicillium con el que se van a fabricar antibióticos.

-¿Anti qué?-dijo Greta confundida.

-Unos remedios curativos que sirven para muchas cosas, pero como ahora no los tienen hay que conseguir ajeno y Aloe Vera -dijo Cata.

Las dos aceptaron con mucho entusiasmo acompañar a Greta y le contaron todo lo que les había pasado con mucho detalle. Ya era muy tarde cuando se durmieron, pero antes cenaron una rica cena.

Decidieron salir en ese mismo instante. Prepararon el equipaje con todo lo que les podría ayudar. Antes de partir, el cacique les obsequió una reliquia muy antigua: Un mapa con los lugares en donde estaban las plantas que alimentan y curan, porque no solamente estaban el Aloe Vera y el Ajeno, sino otras más. En el mapa había puntos violetas, que significaban el lugar donde se encontraba la lavanda. Igual que esos puntos había más, azules, verdes, pero para la tribu el más importante era el punto multicolor, que significaban las dos plantas más importantes en la región: el Aloe Vera, el Ajeno y la Manzanilla que se usaba mucho aliviar los dolores de estomacales. Pero ese punto no estaba marcado en el mapa (solo en la guía) porque podía estar en cualquier parte de la región.



Las chicas no perdieron el tiempo y salieron corriendo. Esto fue una muy mala idea porque habían corrido apenas un trecho de algunos metros, cuando cayeron por un túnel que las llevó a un lugar desconocido. Juana cayó al piso de rocas muy afiladas y se lastimó muy fuerte en la rodilla. Las chicas no sabían qué hacer, estaban desesperadas. A Cata se le ocurrió ver en el mapa y fijarse cuál era la planta más cercana que pudiera ayudar a Juana a curarse. Vieron que la más cercana al lugar donde estaban era el ajo, que tenía un punto blanco. Lo malo era que el ajo solamente sirve para proteger infecciones, que no era el caso de Juana. Al mirar nuevamente el mapa vieron un puntito violeta que era el de la Lavanda, algo que sí iba a ayudar a Juana porque tiene propiedades calmantes y aceite beneficioso para la salud. Entonces decidieron repartir los trabajos: Greta se quedaba ayudando a Juana, mientras Cata, con la mochila de Juana, iba a buscar la lavanda. Cata caminó y caminó, pero al poco tiempo se encontró con una dificultad: un arroyo sin puente para cruzarlo. Esta vez la mochila la pudo ayudar, dentro tenía un bote inflable. Lo infló enseguida y se puso a remar, mientras rezaba que no hubiera cocodrilos o algo por el estilo. Por suerte llegó al otro lado del río y detrás de unos arbustos se encontró con una planta llamada Árnica que no estaba en el mapa; pronto la reconoció porque su abuela fabricaba un aceite para las torceduras con ella y la sacó de raíz. Siguió camino hasta que encontró lavanda, la planta que Juana necesitaba.

Con las plantas en la mano las tres regresaron con mucho esfuerzo hasta la tribu y después de unas curaciones de la aborígen más anciana, Juana estaba mucho mejor.

Al día siguiente almorzaron, contaron chistes y adivinanzas y también charlaron. Estuvieron divirtiéndose, hasta que decidieron partir. Empacaron todos los alimentos que sacaron de la mochila, y volvieron a caminar por el mismo camino que antes.

Ya habían caminado algunos kilómetros, cuando el camino terminó y las dejó al pie de un cerro. Según el mapa, decía que era el Cerro Champaquí, el punto más alto de la provincia de Córdoba. Se veía alto y peligroso pero ellas debían subir la montaña por arriba, porque no veían otra opción para continuar. Las sorprendió la noche y el cielo estaba lleno de estrellas que brillaban o titilaban. Mientras tanto, Cata fue a buscar algunas leñas para prender una fogata. Cuando terminaron de comer las tres se acostaron en el piso, y vieron todas las estrellas y constelaciones brillantes que estaban en el cielo. Cansadas, las tres decidieron irse a dormir dentro de la carpa portátil y no olvidaron nunca ese recuerdo de las tres juntas mirando al cielo nocturno.

Al día siguiente, al despertar, las chicas tomaron un poco de agua del río muy delicadamente, con unos pequeños cuencos, luego la bebieron, y lo que sobró lo dejaron en la mochila de Juana.

–¡Nunca vi algo tan hermoso en mi vida!– aseguraba Cata– Quiero quedarme a vivir en este lugar para siempre.

Las tres, aunque quisieran, no se podían quedar ahí, y debían seguir con su viaje hasta poder encontrar todas las plantas.

De repente se toparon un río, el mapa les indicaba que era el Río Santa Rosa.

–¡Suban a bordo!– gritó Greta al ver una balsa amarrada a una gran roca.

Las dos chicas, asombradas, subieron a bordo. Juana, con todas sus fuerzas, empujó la balsa, pero antes tomó dos pequeñas ramas que estaban tiradas en el piso para usarlas como remos. Apenas la balsa tocó el agua, se subió, y con ayuda de la corriente, rápidamente la balsa entró al agua. Estaba muy bien hecha porque en ningún momento las chicas tuvieron problemas y tampoco la balsa se hundió.

Llegaron a un sitio alejado pero donde se veía que no había sequía. Caminaron bastante por un camino de piedras hasta que Juana vio a lo lejos algo muy parecido a las dos plantas que buscaban. Juana y Cata no sabían cómo se veían, pero Greta sí porque trabajaba en el museo de botánica. Las hojas de las dos eran verdes, pero la Manzanilla tiene unas flores parecidas a las de la margarita. Se acercaron un poco para observarlas bien y ver si eran las verdaderas. Se parecía mucho a la margarita, pero en el olor y en ella tenía algo que Greta sentía que era diferente a la margarita. De pronto saltó de la alegría.

– ¡Encontramos las plantas ! ¡Hay varias especies aquí!– gritó Greta y luego se fue corriendo por el camino por donde vinieron y siguió gritando.

–¿Pero dónde estamos?–dijo

-Yo estuve de vacaciones aquí, en el futuro será una reserva natural llamada Suya Taco. Cantaron y bailaron de alegría por el descubrimiento y después de desayunar un rico té de manzanilla partieron .

Al frente, en el camino, alcanzaron a ver una pequeña sombra que se acercaba cada vez más. En un momento las chicas tuvieron miedo. Las tres decidieron ser valientes y se acercaron hacia la sombra. En cuanto alcanzaron a verlo con más claridad, notaron que era un colorido alebrije. Tenía su cuello de jirafa, patas de pato, melena de león, cola de pavo real, hocico de perro, cuerno de unicornio, cabeza de mono y púas de puercoespín. Un animal rarísimo para las chicas, pero muy lindo y colorido, con todos los tonos de colores que pueda haber. Las chicas empezaron a revisar a este animal tan raro. Y en un momento se dieron cuenta de que el alebrije tenía algo en su lomo muy pinchado. Al revisarlo, el animal empezó a gritar con voz muy aguda:– ¡Cuidado, que me sacan el Aloe Vera!–.

Las chicas entusiasmadas le preguntaron si podían sacarle la planta y él les contestó que podían, pero un poco.

–¡Pero no nos sirve un poco, necesitamos para una tribu entera!– gritaron a coro Juana y Cata.

Greta largó una carcajada y las interrumpió:– Por supuesto. Te agradezco mucho porque aunque sea un poquito, nos sirve porque podemos plantar esa pequeña hoja y crecerá una gigante planta–.

Las chicas tomaron un poco, le agradecieron a el alebrije, y salieron caminando muy contentas.

Caminaron, y pasaron por todo el camino que habían recorrido antes, pero esta vez era más fácil pasar porque ya lo conocían. Tardaron un día y medio, cuando llegaron a los límites de la región de la tribu.

Por fin llegaron a la parte donde estaban las carpas. Parecía que había muchos enfermos y por eso las chicas entregaron instantáneamente todas las plantas que habían encontrado en su trayecto. Los jefes les agradecieron y curaron a todos los enfermos. En su honor se hizo un gran banquete que todos comieron como locos y felices. El día no terminó allí porque antes de irse todas a sus casas, plantaron el Aloe Vera, se dieron un baño en el río cristalino y se quedaron por la noche a ver las bonitas estrellas, descubrieron las Tres Marías que ahora son muy conocidas, pero en ese entonces Greta no sabía sobre su nombre. Benjamín Gould que se ocupaba de este tema en el país, recién sacaría sus descubrimientos en el “Catálogo nacional argentino de estrellas “ ,un año más tarde, en 1886.

-¿Si las bautizamos como las tres amigas?-dijo Greta.

-Claro, lo hablaremos con Benjamín Gould así en 2020 quizás tengan ese nombre.

Jamás olvidaron ese hermoso recuerdo.

Hay recuerdos que duran toda la vida y este será uno de ellos.-dijeron las chicas.

Las tres volvieron por donde vinieron. Pero antes se dieron el abrazo más fuerte del mundo.